

Noticias literarias

D. Gonzalo González de la Gonzalera, por D. José María de Pereda, C. de la Real Academia Española, Madrid, imp. y fundición de M. Tello, 1879, 474 págs.

Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912)

[-147→]

No hay género más difícil que el de costumbres, ni ninguno tampoco a que con más audacia se lleguen todos los soldados rasos de la república de las letras. Aún en los críticos reina extraña confusión sobre la índole y límites de este modo de escribir *relativamente* moderno. Y no porque hayan escaseado los pintores de costumbres desde los tiempos de la comedia griega hasta nuestros días, sino porque la descripción de *tipos* y *paisajes* no era en ellos el principal asunto, apareciendo sólo como accesorio de una fábula dramática o novelesca. Cervantes, en *Rinconete* y *Cortadillo*, dio el primero y quizá el más excelente modelo de cuadro de costumbres. Allí la acción es poca o nula, y todo el interés y el exquisito primor de aquel rasgo se cifran en la acabada y *realista* pintura de los héroes de la cofradía de Monipodio. Desde Cervantes existe, pues, el cuadro de costumbres con jurisdicción independiente de la novela y con formas variadísimas. A veces conserva un resto de acción, no más que la suficiente para mover los personajes; otras acude a invenciones fantástico-alegóricas; otras se limita a describir con cuatro indelebles rasgos un *carácter*. En este sentido LaBruyere es un grande escritor de costumbres, aunque no hace verdaderos cuadros.

En España, donde este género había sido cultivado más o menos incidentalmente por Quevedo (prescindo de la finalidad política de algunos de los *Sueños*), por Luis Vélez de Guevara en *El Diablo Cojuelo*, y por Baltasar Gracián en muchas partes del *Criticón*, y más de propósito por Salas Barbadillo en *El Curioso y Sabio Alejandro*, por D. Juan de Zavaleta en *El Día de Fiesta*, y por Francisco Santos, sin que ninguno de los tres últimos pasara de mediano observador y medianísimo y afectado prosista, a diferencia de los tres primeros, que fueron, sin duda, peregrinos ingenios; en España, digo, la pintura de costumbres, que parecía muerta con D. Diego de Torres, imitador poco feliz del inimitable Quevedo, y con D. Ramón de la Cruz, cuyos sainetes son, en gran parte, *cuadros* en diálogo (¡ tal es la sencillez de la fábula!), háse renovado en el siglo que corremos, con brillo no escaso, aunándose a las veces el influjo de extranjerios modelos con la tradición castiza. Así D. José Somoza, uno de los últimos escritores de la gloriosa escuela salmantina, y libre de los pecados de afectación que a veces la desdoran, muestra en sus cortos y deliciosos bosquejos alguna reminiscencia de los *humoristas* ingleses, unida a una exquisita sobriedad de estilo y a un sentimiento que no degenera en *sensiblería*. Así el ejemplo de Jouy, en *L'Hermite de la Chaussée d'Antin* fué despertador para que Mesonero Romanos comenzara su *Panorama Matritense*, a pesar de lo cual su obra es muy española en pensamiento y aún en estilo, sin que falten cuadros, como el de *Madre Claudia*, donde la inspiración está directamente bebida en nuestros clásicos del siglo XVI. Superior a Mesonero en la pureza, abundancia y gallar-

día de la lengua, objeto para él de fervorosísimo culto, se mostró D. Serafín Estébanez Calderón (*el Solitario*), uno de los escritores más *castellanos* de estos tiempos, si no en la elección de cada palabra, en el giro y rodar de la frase, cosa que vale mucho más y es harto más rara. Pero como pintor de costumbres es, aunque más lozano, menos variado que Mesonero, y sus aficiones arcaicas le hacen dar giro revésado a todo asunto, con sobra de artificio y en detrimento de la espontaneidad. Vivirán, sin embargo, las *Escenas andaluzas* como uno de los buenos libros de este siglo, y algún cuadro, v. gr., el de *Pulpete y Balbeja*, puede y debe citarse como ejemplar y dechado.

Fernán Caballero, no sólo en los que llama *cuadros de costumbres*, sino en muchas de sus novelas, donde la acción es escasa y los personajes y las escenas de familia todo, rayó tan alto como el que más en este linaje de escritura, aunque no estaba inmune de cierto sentimentalismo a la alemana, ni menos del afán de declamar a todo propósito y de interrumpir sus mejores cuentos con inoportunos, si bien encaminados, sermones. Gran cosa es el espíritu moral y la pureza de ideas, pero no ha de mostrarlos el novelista por su cuenta y disertando (como no sea en alguna breve sentencia), sino infundirlos en la composición, y hacerla religiosa y moral, sin que la moral se anuncie ni inculque en cada página. A la escuela de Fernán Caballero (si el término no es impropio) pertenecen Trueba, que ha exagerado el *optimismo* de la célebre escritora, empeñado en ver las costumbres populares sólo por su aspecto *ideal* y poético (defecto superabundantemente compensado con la sencillez y gracia de su estilo, que me hace recordar aquel verso de Horacio, *Virginibus puerisque cano*): D. Manuel Polo y Peyrolon, el cual, con viveza de colorido, facilidad descriptiva, estilo animado y buen dialogar, ha pintado escenas y usos de la Sierra de Albarracín; mi docto y querido maestro D. Cayetano Vidal y Valenciano, que en lengua catalana y con el rótulo de *La Vida en lo Camp* nos ha dado verdaderas novelas, escritas con tanto tino artístico como delicadeza moral; y quizá D. A. Frates y Sureda en sus *Escenas Baleares*, de las que no tengo bastante noticia.

Fuera de estos autores y de Pereda (sujeto de este artículo), no sé que tengamos otros cultivadores de tal literatura en España. Perdonen los omitidos mi falta de memoria. Dos nombres he dejado fuera por especiales razones: el de Antonio Flores, porque no brilló en la pintura de costumbres contemporáneas, sino en la de otras más o menos pasadas, siendo su *Ayer* incomparablemente superior al *Hoy* y al *Mañana*, y el de Larra, que, fuera de algún rasgo, y no de los mejores suyos, se fijó más en las *costumbres políticas* y en la sátira social y profunda, que en cuadros de otra especie.

Desde luego comprenderá el lector que si no aumento este catálogo con los infinitos nombres que habrá visto al pie de esos artículos titulados *La Beata*, *El Sacristán*, *El Torero*, *El Zapatero de viejo*, *El Vendedor de periódicos*, *El Barbero*, etc., mis motivos tendré para ello. El toque de esa desdichada literatura consiste en escoger (ó tomar sin elección) los tipos más salientes y acentuados (es decir, lo *particular* y lo que menos carácter da a un pueblo), y a falta de color y de vida, disecar anatómicamente al personaje, haciendo el inventario de sus vestidos, ocupaciones, comidas, etc., sin comprender que la figura, o sale armada y radiante de la cabeza del artista desde el primer momento, o no sale nunca ni conducen a ello esos procedimientos. En los tipos que parecen más insignificantes, en las escenas más vulgares, encuentra tesoros quien tiene el don de ver lo que no ve el vulgo, y nunca toma la pluma sino cuando sus héroes, vestidos y calzados, con vida propia, *ideales* en medio de su *realismo*, le rodean y le asedian, y se agolpan en su mente, anhelando salir al mundo.

Nadie tan afortunado en este punto como D. José Pereda, gloria y regocijo de las patrias letras, y orgullo de nuestra Montaña de Santander, que le cuenta entre sus más

predilectos hijos. No me ciega hoy el interés local, ni la amistad íntima que nos une, como no me cegó cuando di a sus anteriores producciones elogios, confirmados ahora por el sufragio unánime del público y de los doctos. Es en vano que algún crítico quiera presentarle como inferior al autor de las *Escenas Matritenses* (á quien él venera y acata como a maestro, en los términos que son de ver en la dedicatoria de su nuevo libro). Siempre fueron odiosas esas comparaciones de ingenio con ingenio, pero nadie negará que el escritor montañés excede al madrileño en la individualidad poderosa de los caracteres, en la energía y color del estilo, en el arte del diálogo, llevado por él a perfección, que no dudo en calificar de cervantesca; en todas las dotes, en fin, de un perfecto novelista, aunque no se haya propuesto hacer novelas. ¿Dónde encontrar tipos como el Tuerto y Tremontorio, Cafetera, don Robustiano Tres-Solares, y tantos otros? ¿Dónde escenas como la de *la hila* en el cuadro titulado *Al amor de los lizones*? ¿Dónde diálogos como los de *La Leva*?

No se crea por esto que pretendo menoscabar en lo más mínimo la fama del *Curioso Parlante*; antes soy uno de sus admiradores y le tengo por prosista de los más amenos, ingeniosos y agradables de nuestra era. Ni es suya la culpa de que las costumbres madrileñas sean más descoloridas y menos pintorescas que las montañesas.

La cualidad distintiva del ingenio de Pereda es la fuerza: su *realismo* es vigoroso y crudo. Aborrece de muerte los idilios y las fingidas Arcadias; tiene horror a los idealismos falsos y optimistas, y, no obstante, hay en sus cuadros idealidad y poesía, la que en sí tienen las costumbres rústicas. No andan en sus cuadros Melibeos y Tirsis, sino montañeses ladinos, entreverados de mal y de bien, atentos a su interés y algo cautelosos y solapados en sus palabras, como suelen ser los rústicos, a lo menos en nuestra tierra, aunque no sean así los de las *églogas* y *cuentos de color de rosa*.

Nada de patriarcas de la aldea ni de pastoras resabidas y sentimentales, ni de discretos y canoros zagales. Cada uno habla como quien es, y el zafío como zafío se expresa. El Sr. Pereda, por lo mismo que siente mucho y bien, es enemigo mortal de la sensiblería; pero cuando llega a situaciones patéticas, encuentra para el dolor o la alegría la expresión natural y no rebuscada, y conmueve más que otros novelistas serios y estirados, por lo mismo que no se esperan tales ternuras en un autor de continuo alegre y jacarandoso.

Pero en lo que más brilla el Sr. Pereda es en los caracteres, siendo los que presenta tan vivos y animados, que ni se borran de la memoria, ni es posible dejar de imaginarlos como reales y tangibles. Cualidad de primer orden donde quiera, y más entre españoles, que, así en la novela como en el teatro, han solido sustituir tipos convencionales y monótonos a la verdadera representación de la vida, humana.

Es Pereda uno de los prosistas de sabor más español que pueden hallarse, y esto no por remedo académico, sino por estudio del lenguaje del pueblo y por la vigorosa savia provincial que anima su estilo, y que le da un color y un a fuerza bien raros en las producciones de la literatura cortesana. El *montañesismo* acompaña [-149→] a Pereda hasta en los asuntos que no son montañeses, y es la principal fuente de la originalidad y abundancia, de lo pintoresco y gallardo de su frase, siempre culta, desembarazada y franca, que no teme llamar las cosas por su nombre, ni rehuye los pormenores crudos, ni se tuerce a discreteos y melindres.

De todas estas y otras muchas dotes dio excelente muestra el Sr. Pereda en las dos series de *Escenas montañesas*, pedestal de frotación literaria; en los *Bocetos al temple* (sobre todo en el titulado *Los Hombres de pro*), en la amena y regocijada galería de *Tipos trashumantes*, y en el *Buey suelto*, donde, apartándose de su género antiguo, hizo, por contraposición a Balzac, un Ensayo de *Fisiología celibataria*, tan lleno de enseñan-

zas útiles como de primorosos cuadros. ¡Lástima que el estar dedicado á mí, por especial favor y amistad del egregio novelista, me impida elogiarle aquí como merece!

Pero *Don Gonzalo González de la Gonzalera* aún excede al *Buey Suelto*, y cuadros hay en él que compiten con las mejores *Escenas montaÑesas*. Si alguien la considera como novela, puede tacharla de acción escasa, aunque tiene la que basta y sobra para mover unas cuantas figuras; principal, si no único propósito del autor. No es el fin del libro, como a algunos podrá antojárseles, la sátira política, ni viene ésta más que como episodio y sin salir de los límites del arte. Es un recurso como otro cualquiera para poner en juego y movimiento á los personajes. Y decimos esto, porque el crítico de marras da por única razón de la inferioridad del Sr. Pereda respecto al Curioso Parlante las deplorables *intransigencias ultramontanas* del primero. Y como no creo del buen entendimiento de dicho crítico que tase el valor de los autores por sus aficiones políticas, ni sea capaz de sostener que sólo saben hacer novelas los *progresistas* (en cuyo caso Ayguals de Izco valdría más que Fernán Caballero, por no adolecer de las *intransigencias ultramontanas* de la insigne escritora andaluza), resulta que sus palabras sólo podrán tomarse en son de censura para los que ponen el arte al servicio de otras *finalidades*, sean *ultramontanas* o *revolucionarias*. Ahora bien: apurado se vería el crítico para encontrar *ultramontanismo* en *Escenas montaÑesas* o en *Tipos y paisajes*, como no pretendiera que para retratar fielmente a nuestros campesinos y marineros era de rigor hacerlos ateos y descamisados.

La censura del crítico podría recaer á lo sumo en uno de los *Bocetos al temple*, es a saber, en el titulado *Los Hombres de pro*, donosísimo cuento de costumbres electorales; en tal cual rasguño de los *Tipos trashumantes*, y en este mismo *Don Gonzalo* que vamos examinando. Pero, aunque las ideas políticas salgan de los límites del arte, ¿quién dudará que las extravagancias y ridiculeces políticas caen, como todas las demás rarezas humanas, en la jurisdicción del satírico y del pintor de costumbres? ¿Por qué no ha de describirse una escena de *club* o de comicios electorales como se describe una escena de taberna ó de mercado?

Hay, pues, en *Don Gonzalo* algunos capítulos donde la Revolución queda puesta en solfa. Hay un estudiante que en la taberna [-149→150-] de su pueblo hace discursos pomposos y altisonantes, remedando los que en Madrid había oído. Hay un *pardillo* montaÑés, *arbitrante* y *con otras industrias saludables*, que pesca a río revuelto, y en días de revolución echa al fuego, a impulsos de patriótico entusiasmo, los papeles del Ayuntamiento donde constaban sus trapisondas. Hay junta revolucionaria, y milicia ciudadana, y clubs, y manifiestos electorales... Yo no sé si en otras partes será esto muy serio, pero en *Coteruco*, pueblo de veinte vecinos, se convierte por sí mismo en caricatura. Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada (es demasiado artista para eso): pero si alguna enseñanza se deduce de su libro, es la demostración del absurdo que se comete llevando a un pueblo rústico y laborioso las miserias políticas. El abandono del trabajo, la taberna perpetua, los palos y asonadas son la consecuencia primera de tal delirio.

Eso acontece en *Coteruco*, pueblo que llegan a corromper dos intrigantes y un mentecato, sin otro fin que el de satisfacer ruines pasiones y venganzas. Y cuenta que *Coteruco* era antes el mejor pueblo del valle, y aún el dechado de todos los pueblos de la montaña, por la honradez y amor al trabajo de sus moradores. Debíase tal milagro a un D. Román Pérez de la Llosía, señor rico, franco y campechano, sin aires de patriarca de la aldea, pero con muy buen *sentido* y sana intención en todo. El era la Providencia del pueblo, y su cocina la tertulia de Coteruco.

En frente de D. Román coloca el Sr. Pereda otro tipo montañés de pura raza, el *indianete* D. Gonzalo González de la Gonzalera, que trajo de las Indias algún dinero y muchas pretensiones, pero ninguna cultura. Don Gonzalo provoca constantemente la hilaridad con sus pujos aristocráticos, su hablar melifluo y *jaleoso*, y su ridículo amor por Magdalena, la hija de don Román. La muchacha le da calabazas, como es de suponer: *inde irae*. Únese *Gonzalera* con toda la gente díscola y revoltosa del pueblo; hace propaganda el estudiante (que es cojo, por más señas); se juega en la taberna una becerra a costa del indiano; los apóstoles de la nueva idea desacreditan al Cura y a D. Román (el *confesonario* y el *feudalismo*, que dice el Cojo), y aquello en pocos días muda de aspecto.

Tal es la sencilla trama de *D. Gonzalo*, que comienza con una admirable descripción de la tertulia de don Román, y acaba con un crimen cometido en días electorales, y con la huida del noble Pérez de la Llosía de aquel lugarejo mísero y pervertido. Pereda ha echado el resto, como vulgarmente se dice, en la parte de *tipos*. La vieja Narda, sentenciosa consejera de Magdalena; el hidalgo D. Lope, alma de oro con corteza de hierro, tan brusco como generoso, el cual sólo aparece en gravísimas y solemnes circunstancias; su sobrina la solterona Osmunda, providencial castigo de don Gonzalo; el estudiante; el indiano; Patricio Rigüelta, modelo del intrigante de pueblo; Carpio y Goriones, en quienes se cifra y compendia el carácter del campesino montañés, con todos sus rodeos y suspicacias, y hasta los personajes de segundo orden, Chisquin, Toñazos, Polinar, Barriluco, todos tienen fisonomía propia y en todos rebosa la vida.

Por lo que toca a escenas de costumbres, tiénelas el Sr. Pereda en sus primeros libros iguales, pero no superiores, a *La Feria de Pedreguero*, *La Romería de Verdellano* y *El Festín*. Esta última es un cuadro de Teniers, con toque más vigoroso y más caliente entonación. Parece que sentimos el peso de la becerra sobre la mesa, y el del vino tinto en las cabezas de los comensales.

En otro género más apacible debe citarse la descripción de la boda de Magdalena. Son cuatro rasgos, pero de mano maestra.

De diálogos no hablemos, porque ¿quién dialoga hoy como Pereda? Léanse los dos de Carpio y Goriones en los capítulos XIV y XXVI, y dígame si es posible ir más lejos.

Yo no censuraré, como otros, al Sr. Pereda por su *realismo* ni por su *provincialismo*. Tal como es me encanta. Creo que nadie debe torcer su idiosincrasia artística por dar gusto a críticos ni a *lectores finos*. Cuanto más *realistas* y más *provinciales* sean sus cuadros, más en su cuerda estará, y más le querremos y admiraremos los montañeses, que respiramos con delicia en sus obras el ambiente de la tierra nativa. Si los de fuera no comprenden esta literatura, no es nuestra la culpa.

M. MENÉNDEZ PELAYO